

Vitrina de los libros



COMENTARIOS Bibliográficos

DE ISAIAS PEÑA GUTIERREZ:

LO AMADOR

Roberto Burgos Cantor, autor del libro de cuentos *Lo Amador*, publicado en este año por el Instituto Colombiano de Cultura, puede resultar un nombre desconocido para las nuevas generaciones. E incluso muchos de quienes lo conocíamos desde los años 60 alcanzamos a pensar que jamás veríamos editado su primer libro. En 1966 Roberto fue incluido en una antología de cuentos realizada por Gerardo Rivas, sin embargo, Y después, en 1969, apareció en la revista "Casa de las Américas" su famoso cuento, "Esta noche de siempre". En agosto de 1970 lo conocí, personalmente, cuando junto a él me iniciaba no tanto en el oficio de escribir, que habíamos principiado hacía unos años antes, como en el de jurado, labor tan entrañable como la de escribir, aunque más agridulce que esta, y, no obstante, tan ineludible por estos tiempos santos, como diría Fernando. En 1971 gana el concurso nacional de cuento de Cúcuta. Pero uno no sabía si el Derecho le había ganado por doble u a la literatura, en su caso, o si, simplemente, Roberto estaba sumido en el único silencio terrorista que yo haya conocido.

Ahora, lo sabemos, a sus 33 años, edad maliciosamente subversiva, ha publicado un libro con siete cuentos, todos nuevos, concatenados en tal forma que por muchas razones nos recuerdan *Calila y Dimma* o *Las mil y una noches*. Así, el libro fue concebido como libro, no como selección de cuentos para formar un libro. Construcción que permite ampliar el sentido de una situación o de una metáfora en un cuento sin que se resienta la unidad de los mismos.

La muerte de la madre de Mabel Herrera, por ejemplo, es uno de los hechos que repetidos en otros cuentos se enriquece grandemente.

La oralidad que utilizó Roberto y muchos de los escritores iniciados en la década del 60, como lo he dicho desde hace muchos años, de nuevo se observa en estos cuentos, ya no con la facilidad ingenua de los monólogos de entonces, sino montada sobre la racionalidad del argumento, que siempre sorprende en todas sus historias, y modelada con el sabio lirismo aprendido por Roberto y con las mesuradas reflexiones que en conjunto crean el lenguaje popular de unos filósofos de barrio, del Barrio Lo Amador (de Cartagena, en la vida real). Solamente en un cuento yo me atrevería a decir que esa oralidad falla y es en el de la reina, "Era una vez una reina que tenía". Me parece que ni el lenguaje ni el mundo pensado por la reina coinciden con el personaje recreado. Las reinas, como la violencia, será un tema recurrente de nuestra literatura, y bien valdría la pena acercarse más a ellas.

El músico que abandona la familia para irse a Venezuela provocando la muerte de su esposa (que se suicida), agravada por la carrera de cantante aficionada de su hija; el cantante frustrado que terminó de ayudante de mecánica en el taller de Albertico Tirado y una madrugada lo descargaron muerto en una esquina que será desde entonces sagrada en el barrio; la reina del barrio que no podía prender el radio porque su madre lloraba al recordar su marido muerto en su trabajo de constructor; la trágica historia del músico José Raquel que se filtra paralela a la del periodista y su mujer izquierdista; la mujer que creció con el barrio de invasión y ya no puede echar las barajas; Onissa y el marinero que rompieron el cristal de la castidad del barrio y que un día se separaron sin dejar rastros de vida; y el cajamán que se pudre "en esta angosta esquina de la tierra", todos ellos, más otros personajes que constituyen el barrio, vuelven una y otra vez, como un tema melódico que crece a medida que se repite, para establecer como filosofía, como gusto, como divertimento, como crítica, como literatura, las medidas del barrio que fuera nuestro y cuyos principales pilares fueron, en la realidad y en este hermoso libro, la música y el llanto. La música y el llanto, para reiterarlo.

"BREVE HISTORIA DE TODAS LAS COSAS"

La primera edición de esta novela se hizo en 1975 en Argentina cuando su autor, Marco Tulio Aguilera Garramuño, bogotano tramundos, cumplía 25 años de edad. La segunda edición, de Plaza y Janés Editores, apareció en 1979, al mismo tiempo que se publicaba su libro de cuentos *Alquimia popular*, ya comentado en esta columna.

Breve historia de todas las cosas le confirió a su autor, de inmediato, pasaporte de escritor de pesos completos. Se trata de una novela de 370 páginas cuya composición total podría asociarse a un gran mural con objetivos testimoniales referidos a un pequeño pueblo llamado San Isidro de El General. En ella construye macrocosmos con base en un microcosmos. Arranca de sus orígenes (aunque la novela no perpetúe ningún modelo cronológico), plantea por intermedio de sus personajes el crecimiento de este pueblo y luego cierra en un medio que permite pensar la inutilidad del tiempo pasado. Los temas, como los ha recogido Raymond L. Williams, en *Una década de la novela colombiana*, contemplan todas las penurias, azares y propiedades de las naciones en desarrollo y dependientes de la economía norteamericana, entre ellos, la llegada de los negros y los profesionales, la construcción de carreteras, el establecimiento de la prostitución, la rivalidad entre las religiones cristianas, la aparición de la mendicidad, la aspiración de un "mundo civilizado" y la pérdida de los valores humanos. El progreso, que se construye como un juguete, que es diversión y ganancia, envuelve a los habitantes del pueblo de tal manera que nadie toma conciencia de cuanto realmente está sucediendo. El único testigo es quien está escribiendo la novela, Mateo Albán, en ese momento recluido en la cárcel. El es historiador y escritor, unas veces más lo último que lo primero.

Algunos críticos han vinculado esta historia de San Isidro de El General con la historia de Macondo. Salvo que me equivoque, yo no le encuentro casi que ninguna semejanza, entre otras cosas porque Gabo jamás se ha propuesto construir un pueblo con personajes tan detallados, circunstancias y hasta mapas como los de Aguilera Garramuño. Este mural picaresco, a veces esperpéntico, medio trágico y medio goyesco, con la gracia del caos creador de Mateo Albán, no es, de ninguna manera, ese referente tras bambalinas que es el Macondo de Gabo o el Comala de Rulfo, esferas ca-

tegóricas que siempre actúan como recipientes sin que uno pueda determinar sus limitantes. Y exceptuando algunas enumeraciones que podrían, si se hila muy delgado, ser gabianas, la novela tampoco puede asociarse a la hiperbolización de *Cien años de soledad*, por ejemplo.

Por último, la novela tiene una virtud que es desventaja al mismo tiempo, en mi humilde opinión. Mateo Albán dice en la página 184: esta no es una novela "sino una serie de chispazos que se podían leer sin ningún orden porque cada cual brillaba con luz propia y que si la gente se olvidara de los nombres podría leer su obra con más gusto y podría vivir su vida sin tantas complicaciones". Y eso, que es una postulación estética del autor, resulta muy cierta. Algunos capítulos -especies de cuentos o relatos cuyos personajes aparecen simultáneamente en otros capítulos- son realmente excelentes, por ejemplo, el 21, la llegada del Cristo desnudo al pueblo, o el 33, donde habla de las bandas de mendigos. Uno como lector al terminar el gran mural queda pensando: si así como está conformada la novela se divierte el lector, cómo hubiera sido si el recurso estilístico de "Mateo Albán" se hubiera dejado a un lado y simplemente, como sucede en la mayoría de los siempre buenos cuentos de Aguilera, el autor hubiera contado la historia. No se, y tal vez nadie lo sepa. Porque Marco Tulio ya anda en otra novela y otro libro de cuentos.

DOS NUEVOS POETAS

Renata Durán ha publicado su primer libro de poemas en la colección "Cuadernos de poesía Colcultura" con el título *Muñeca Rota*. También, Guillermo Bustamente ha publicado en Ediciones Armadillo su primera obra de poesía con el título *Crónicas de una dictadura sonriente*. Ellos, ambos, son apenas conocidos en la bibliografía nacional, pero irrumpen ahora con sus sendos libros de manera sorpresiva.

Muñeca Rota, libro presentado por Ramón de Zubiría, incluye 50 poemas que agrupados en tres partes se acomodan a la música de cámara, tenues, breves en su melodía a veces apasionada, y que exploran el mundo conflicto de la autora y el de su ciudad (que debe ser Bogotá). Renata Durán hace lo principal de su libro en las dos primeras partes. Como no siempre sucede en la poesía reflexiva, en la primera parte de su poemario propone unos versos senc-

llos, iluminados, muy sinceros, de sabias proposiciones. "Me doy cuenta/que la firmeza/ que estoy pisando/ es mantequilla al sol". La realidad camaleónica del siglo XX la tortura y por primera vez pinta sus labios. "Porque quiero que ríen,/disfrazados de fiesta". Y en la segunda parte revive la poesía sensual tan acertadamente que nos ha recordado bellos poemas de Gaitán Durán. "Aquí en mi cuerpo/ acabó de pasar el mediodía/ y por mi piel respira una agua/ atardecida". Esta poesía amorosa ha sido escasa en Colombia y cuando se ha escrito un velo romántico o una joyería lírica la ha empobrecido. "Más allá de nosotros el sol/ amor, el sol/ que es carne viva", o también, "Me levanto del agua de la noche/ deseosa de tí/ Despedazada", encuentran resonancias que se multiplican en imágenes eróticas de indudable belleza poética. Es la mejor parte del libro, en nuestro concepto. Sin embargo, hay algunos lunares o lugares comunes. Por ejemplo, aquel poema que nos habla de la soledad. Es un poema ya mil veces escrito y ahí no se descubre nada. Y en literatura nada se puede repetir.

Crónicas de una dictadura sonriente de Guillermo Bustamante, con prólogo de Eduardo Mantilla Trejos, más o menos con el mismo número de poemas que el libro anterior pero mucho más extensos, maneja un ritmo, unos temas y un tono casi diametralmente opuestos. Este es un libro sinfónico y la portada de Augusto Rendón nos lo avisa. Y como en el caso de Renata Durán, también sorprende. Esta poesía de índole social que en décadas pasadas tuviera excelentes representantes entre nosotros, como Carlos Castro Saavedra por ejemplo, entre lírica y telúrica, airada y adolorida, actualmente ha estado en receso. Otros, como Juan Restrepo, la han escrito fuera del país y han sido saludados por Alberti o Asturias, y el alba de los enterrados lo confirma. Pero Guillermo Bustamante con sus *Crónicas de una dictadura sonriente* se afianza en nuevos elementos como la cotidianidad o una depurada ironía para volver por estos temas tan poéticos como los sentimentales y tan renuentes a la buena poesía. "Morena/no tengo cumbias para tí/ esta noche", introduce una estrofa desafiante. O esta: "Ay/ mi país/ en las manos/ del gobernante impostor/ arde/ arde como la soga/ al cuello del ahorcado", en otro de sus mejores poemas. "Poema" a Alma Imperio Silva es otro excelente ejemplo. La ironía sin tanto impropio le da fuerza: "Triste el silencio/ y la desolación del hombre/ metido en camisa de once varas". "Desprevenidamente" es otro bello poema que dice las capacidades de su autor para manejar los deseos de una transformación no alcanzada toda-

via. Y, sin embargo, cae Guillermo en algunas ocasiones en la retórica de los himnos que desentonan ya con la poesía contemporánea. Porque en literatura no se puede repetir nada, menos los errores. Afortunadamente, Bustamente es un poeta.

"MUSICA PARA CAMALEONES"

Tal vez no sea un simple juego de palabras decir que la última de Truman Capote (Nueva Orleans, 1924), "Música para camaleones" (Barcelona, Editorial Bruguera, 1981), fue escrita a sangre fría. Es decir, con el convencimiento de que existe una gran diferencia entre escribir bien y mal y entre escribir bien y el arte verdadero, como Capote mismo lo dice en su introducción a este volumen de prosas narrativas que van desde el cuento y la novela corta hasta el retrato conversado. El amplio y "exigente arco que va del comienzo al medio y al fin" de un relato, "El aprendizaje en el altar de la técnica", la utilización de "todo lo que había aprendido de guiones cinematográficos, comedias, reportajes, poesía, relato breve, novela corta, novela", la visión certera de cuanto puede ser la "literatura real", constituyen el formato y el procedimiento de este excelente ejemplo de "arte verdadero" en narrativa.

Las historias de Truman Capote, recogidas en su ciudad natal, en Alabama o en Nueva York, en donde haya tenido la oportunidad de observar la vida y de saciar su imaginación, solo por aquellas virtudes camaleonísticas del ser humano pueden tildarse de fantásticas e irreales, como simpáticamente califica su estilo el "Pequeño Larousse" (que por pequeño, travieso y mentiroso siempre consulto, cosa que jamás debe hacerse con el serio, grande y pesado diccionario de la Academia de la Lengua). Pero tampoco debe pensarse que por "reales", como las quiera su autor, y por venir tratadas con las más exterioristas tomas de su cinematografía literaria —crítica que a menudo se le hace a García Márquez—, son historias de afuera y no de adentro. Quiero decir de vestuario y no de temblores en el recuerdo. Para evitar cualquier confusión, Capote le ha dado por título a su volumen el que corresponde, precisamente, al relato de mayor complejidad psicológica, "Música para camaleones", hermoso texto que en la lejanía —y ahora no se por qué— lo he asociado con "La noche de las iguanas". Y esa música extraña, que recorre todo el libro con el zapateo autobiográfico de Capote o con la guitarra barnizada de Robert Beausoleil, el de la secta de Charles Manson, que a través de la espesa niebla de tanto persona-

je tan sencillo como laberíntico, va dejándonos una melodía entre alegre y sapiente o entre trágica e ignota. La música va filtrándose y emerge de pronto de todos los resquicios humanos. Es tan variable y sus ondas fluctúan con la invisibilidad del color del camaleón. Esa es la realidad del asesino inescrutables de una historia policíaca que fácilmente supera "Los 10 indiecitos" de Agatha Christie, me refiero a "Ataúdes tallados a mano", cuyo final produce una carcajada (¿de qué?) porque ponerse serio sería contradecir la voluntad de Dios. Es la misma música que resbala en las "cavernas resonantes" de una maravillosa historia como "Mojave", donde cada personaje repite las conductas de otros a quienes quisiera escapar. Es la historia de la mujer que recupera el pasado guardando sus gatos en un congelador, la del muchacho que quería ser muchacha, la del viejo que perdió su mujer pintora por haber respondido un mensaje de botella marina, la de Nueva Orleans, la ciudad "más secreta, la de realidad más impenetrable que un extranjero pueda observar", la de Marilyn Monroe, la de Truman Capote, quien se convierte por acto de magia suya en el principal protagonista de todas las peripecias camaleonísticas del libro.

La destreza en la técnica, la reflexión profunda sobre las conductas humanas, el conocimiento amplísimo de su país cultural y social, el humor indescartable, su gran capacidad herética administrada con el talento de un santo, y un cariño inmenso por sus personajes pueden ser, en resumen, las claves del encanto de *Música para camaleones*. Una partitura capaz de transmitir con envidiable claridad la música compleja de unos camaleones que aún no saben para dónde van y de dónde vienen, que a veces dicen "Obra de Dios. Su voluntad".

Hace ocho días, el 30 de septiembre, Truman Capote cumplió 57 años. Debió estar oyendo a Mozart y rodeado de camaleones.

"BAHIA SONORA"

Este volumen de relatos de Fanny Buitrago fue publicado por el Instituto Colombiano de Cultura en 1976, tres años antes de la edición de *Los pañamanes*. Y los 14 relatos de *Bahía Sonora*, según lo ha dicho su autora, fueron un anticipo de aquella novela. Ambos se hunden en los calurosos torbellinos anímicos de la sociedad caribeña. Y, por excepción en la narrativa colombiana, con Fanny Buitrago, barranquillera de Cali radicada en Bogotá, se inicia la que podría llamarse nuestra literatura caribeña, escasa entre

nosotros y amplísima en los demás países que rodean la cuenca del Caribe.

Ese frente argumental, el de las relaciones familiares de las distintas etnias que conforman las grandes islas y los numerosos archipiélagos del Mar Caribe, es lo primero que resalta en el libro. La isla de San Gregorio queda a 480 kilómetros de las costas colombianas y a 185 de Guatemala, nos lo recuerda la "Noticia" introductoria del volumen, y salvo en algún mapa especializado nadie sabría en dónde queda el Archipiélago de San Gregorio y Fortuna. Y en aquellos lugares la cultura es un mestizaje que incluye más de seis grupos sociales muchas veces incompatibles, aunque avocados a vivir de amor o de odio, condenados a la miseria o la complacencia con el mar. Sin que sean historias dedicadas a recrear una atmósfera física, ambiental, muchos elementos isleños impregnan a sus personajes; las playas, la luna que revienta del mar, la música de los restaurantes, los idiomas siempre cambiando, la pesca, los turistas, el sol y la brisa, el contrabando, las palmeras, y los vagamundos del olvido, los perseguidos, los desterrados, los desengañados. No obstante, los cuentos de Fanny Buitrago son importantes por sus historias mismas y, sobre todo, por sus personajes. Esta es una literatura de personajes, como ya lo había sido *El hostigante verano de los dioses*, siendo allá el lenguaje más atrevido, porque acá se regresa a la mesura, a la frase moderada, a la estructura general simplificada. Pero los personajes se quedan en la memoria, de todas maneras. Cuentos como "Antes de la guerra", "Tumba de junio", "De luto en luto", "Narración de un soñador de tesoros", "Para los que aman el vino", "Sirena del Caribe" y "Pasajeros de la noche", relacionados muchas veces entre ellos mismos por sus protagonistas, logran transmitir las pasiones y los conflictos socioculturales de una comunidad tan compleja como todas aquellas que han sido punto de conjugación de diversas corrientes migratorias. El mito del aborigen y de sus bondades frente al del inmigrante todopoderoso y lleno de pecados, encuentra en cuentos como "Sirena del Caribe" un excelente marco interpretativo. El mito de la civilización que destruye los patrimonios raigales frente a los nativos que se sumergen en su pasado, en "Antes de la guerra". La incompreensión política que se alimenta de rencillas personales y arrasa con la libertad del músico, en "Para los que aman el vino". Las afrentas que alcanzan dimensiones míticas cuando se apoyan en la disputa de una lancha persquera, en "Pasajeros de la noche", otro excelente cuento. La lucha por la supervivencia en medios tan hostiles, las discrepancias sentimentales o sociales por razones

raciales, las conquistas de tesoros a duras penas soñados, los temas matrimoniales de lealtad y frustración sexual, son, también, entre otros los ejes argumentales de estos cuentos de *Bahía Sonora*. Todos ellos tienen, además, la gran ventaja de cubrir y descubrirnos una cultura caribeña que, al mismo tiempo, deja entrever los principales problemas contemporáneos de otras sociedades.

Bahía Sonora será reeditada en 1981 por la editorial Plaza y Janés de Bogotá.

CUENTOS DE JAIRO ANIBAL

Puro pueblo (Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1977) y *Toda la vida* (Idem, 1979), del escritor boyacense Jairo Aníbal Niño (Monquirá, 1941), compendian, en total, 97 cuentos cortos —algunos “minicuentos”, como dió en llamárseles de un tiempo para acá, lo cual ha provocado una aguda polémica semejante a aquella que averiguaba por el sexo de los ángeles en los tiempos de plenilunio, pues si el cuento pasa de 20 líneas —dicen— pierde su naturaleza primigenia. El cuento corto, de origen oriental y por aquellos siglos colindante con las sentencias, los aforismos, los ejemplos, etc., también tuvo en Europa grandes representantes y en este siglo los ha tenido, igualmente, en América Latina. Recordamos dos casos de actualidad: Juan José Arreola y Augusto Monterroso.

En Colombia había sido una modalidad mas bien extraña, a pesar de la gran tradición de repentistas, copleros y humoristas (el chiste popular está en los orígenes del cuento corto). Tal vez porque no creíamos que una obra de arte narrativo pudiera resolverse en tan pocas líneas. Sin embargo, de una década para acá la producción de cuento corto ha aumentado notablemente. Y entre sus mejores representantes aparece Jairo Aníbal Niño.

Sus historias de animales, de personajes imantados por la magia de la naturaleza o de seres tan reales como los sueños, poseen las características del cuento corto. A más de su brevedad —que no medirse en líneas sino en última instancia—, estos cuentos de Jairo Aníbal tienen orígenes legendarios, se cruzan con la mitología, conservan la llaneza y la rapidez del habla de las gentes, en ocasiones participan del lenguaje filosófico, desarrollan un argumento que implica de por sí una reflexión sobre la razón de ser del género humano, sorprenden al final y no de la manera más esperada, emplea trucos lingüísticos que parodian la realidad (meterse en

camisa de once varas, por ejemplo), de un tiro despacha las razones de una muerte, juega, en total, con la imaginación para dar una lección, abrir una puerta o dejar entrar la luz por la ventana. Como nota característica de sus cuentos, Jairo Aníbal, al manejar de manera predominante los conflictos sociales del hombre contemporáneo, deja siempre entrever una inmensa alegría o, por lo menos, una gran esperanza en el futuro. Este aspecto criticado por muchos, en el cuento corto puede resultar justificado. Uno de los más hermosos cuentos de Arguedas —recogido de las leyendas indígenas quechuas— es "El sueño del Pongo": ahí puede el indio sirviente vengarse de las afrentas de los mistis, de los señores, y es posible que lo haga porque es en un sueño y los sueños, decía Freud, son el efecto de los deseos reprimidos. La fantasía del cuento corto, que utiliza también mucho el juego onírico, le permite a Jairo Aníbal Niño plantearse una serie de alegorías optimistas, que como deseos llevados a la realidad mágica de la imaginación resultan perfectamente verosímiles. No obstante, sí tiene algunos cuentos que no por optimistas, sino porque bordean la inverosimilitud y plantean más que una esperanza, una consigna, quebrantan la espontaneidad de los dos libros. Personalmente, creo que ni el optimismo ni el pesimismo determinan la validez estética del cuento, sino su composición interna, su coherencia y similitud.

A esta serie de cuentos podría hacerse una anotación y es la de que abusan de una misma estructura del sintagma castellano normal, el cuento de Jairo Aníbal siempre principia con el sujeto, continúa con el verbo y termina con los complementos. No hay juegos de interpelaciones temporales, espaciales ni conceptuales, si se exceptúan tres o cuatro historias. Esto pone en peligro la eficacia estética del ritmo narrativo, que al final solo se salva porque las historias son, en una gran mayoría, excelentes. Por lo demás, *Puro pueblo* y *Toda la vida* son cuentos de Jairo Aníbal, un escritor en grande.

GENERAL A CABALLO

Le dije a Fernando Villarraga, joven crítico colombo-venezolano, un minuto después de terminar su ponencia otro joven crítico venezolano, Carlos Pacheco, sobre "La narrativa de la dictadura como sistema temático en la literatura hispanoamericana", que en su lista de novelas faltaba una, Falta *General a Caballo* del cubano Lisandro Otero, le dije, como quien hace un chiste.

Jamás se podrá hacer una lista completa de las novelas y las obras literarias basadas en la vida pasión y muerte de los dictadores latinoamericanos; muy difícil será, también, su clasificación. Porque casi en todas las novelas nuestras hay un dictador y porque en los años 70 se publicaron tres, la de Roa Bastos, la de Carpentier y la de Gabo, que solo podrían ser superadas por la misma realidad. Lisandro Otero en este sentido —y solo en este— corrió con mala suerte. Principió a desarrollar su proyecto cuando estaba en Chile, antes de 1973, lo terminó en 1977, como me lo contó para una entrevista que publicó el No. 3 de la revista "Hojas Universitarias" de la Universidad Central, pero solo se publicó en 1980.

Y ha sido una lástima porque su novela *General a Caballo* es un enfoque simpático, poco frecuente en esta clase de literatura, de la vida del dictador. Una mañana de cualquier año, en un país latinoamericano, al general Crispulo Peñaver se le ocurre que la oposición está siendo enfrentada por el Presidente Ortiz con mucha debilidad y que por lo tanto el poder puede pasar a manos de su amigo, el general en retiro Aniceto Mendoza. Lo convence y éste accede a salir de su hacienda de Tambo. De ahí en adelante todo sobreviene como en una comedia con visos de drama y de tragedia. En 24 horas, el nuevo general en jefe debe cambiar tres o cuatro veces de gabinete ministerial de acuerdo con los distintos partidos políticos que pueden apoyarlo. Lo apoyan el Conservador, el Demócrata-Cristiano, el Demócrata Radical y el Socialista, pero cada uno por separado, de tal manera que entra uno y sale el otro. De paso, el general Mendoza recorre la vida de los primeros próceres de la patria y como en un cinematógrafo observa con preocupación que todos ellos han muerto en golpes o insurrecciones. Lisandro Otero conoce la historia de los países torturados con dictaduras y la forma como sus gobiernos han sido manipulados tanto por los mandatarios norteamericanos como por sus gamonales y militares de turno y así puede hacer avanzar la novela como en una investigación policíaca. Al llegar el cuarto primer ministro, el socialista, las relaciones internas y externas se complican tanto que al general Mendoza no le queda un remedio distinto al de dejar la casa presidencial y regresar a su hacienda de Tambo.

Con humor, ironía y claridad lingüística e ideológica, Lisandro Otero deja constancia, también, de la vida presidencial de un dictador en un día de su vida.

Este volumen, publicado por la Editorial Letras Cubanas, incluye

otro relato extenso que sorprende: "Morder las bellas rocas". Ahí, Otero reflexiona con sus personajes sobre las crisis que produjo la revolución Cubana. Es otro lenguaje, unos diálogos que recuerdan al Otero cinéfilo de los años 50, un argumento que viaja entre la poesía y la filosofía. Un Lisandro Otero que luego de sus actividades burocráticas como funcionario diplomático por más de 10 años, vuelve por sus fueros literarios y cinematográficos.

DE FERNANDO AYALA POVEDA:

JUEGO DE MENTES

El escritor Colombiano Carlos Perozzo recientemente publicó en Plaza y Janés su novela "Juego de Mentes". El autor mencionado había publicado ya un libro de cuentos "Atreverse a luchar" edición casa de las américas 1973 y una novela, "Hasta el sol de los Venados" Planeta 1976 y en segunda edición por Oveja Negra 1980. Próximamente aparecerán un libro de cuentos "Cupido Benicá" y otro de teatro "Comuneros".

En "Juego de Mentes" una bella mujer, Lavinia la Ricahembra, un pianista de manos mágicas, Alden MaCastro, y un personaje que no es una realidad, sino una fisura por la cual se sirve la realidad para colarse por ahí, conforman el núcleo de personajes, cuyos "Juegos de Mentes" se centran en el duelo que sostiene el escritor y su personaje.

Esta novela presenta inéditas facetas sobre la fisonomía humana: desenmascara los años aciagos de la universidad colombiana (1960) con todas sus contradicciones, pasiones y desgracias. Es un libro abierto para descender a los días de la violencia institucional. Los personajes son una muestra arquetípica de los antihéroes de la vida social. Es una novela cincelada, moderna, que propone la reflexión como aventura de liberación. Escrita con una mano en el corazón, habla en tono mayor de las pesadillas y silencios que rondan la imaginación del hombre moderno. Es un libro de lectura obligatoria para quienes están en contacto permanente con su propia sombra.

EL JARDIN DE LAS WEISMANN

Ediciones Pijao acaba de lanzar su última obra literaria bajo el título reformado "El Jardín de las Weismann" de Jorge Eliécer Pardo. Antes tenía por título "El Jardín de las Hartmann" pero por azares del destino, la imaginación se tomó por asalto la realidad y coincidió con el apellido de seres reales. El autor para evitar similitudes adversas con la realidad decidió entonces transformar el título. Jorge Eliécer Pardo, Hermano del prestigioso intelectual y también hombre de letras Carlos Pardo, escribió hace ocho años su novela breve. Desde aquella época de su aparición el libro se fue abriendo camino entre los lectores del país y agotó el total de la edición (5.000) de Plaza y Janés. Hoy en día "El Jardín" como amorosamente lo llaman sus lectores, tiene un registro sin precedentes en las letras colombianas: es después de "Cien Años de Soledad" la novela más estudiada en el exterior. Entre los hombres de reputación internacional que han comentado el texto figuran Seymour Menton, Jacques Gilard, Raymond Williams, María Cristina Aguilar y muchos más. En el mismo país ha sido reconocida como una de las más sugestivas novelas de la violencia por Germán Vargas Cantillo, Germán Guzmán Campos, Isaías Peña y una constelación de amantes de las letras.

La importancia del texto reside en que por él viven dialécticamente toda una generación de hombres y mujeres que tuvieron grandes desencuentros en el amor y la vida. Mediante un tratamiento lírico de belleza espléndida, el autor nos ofrece pinceladas sobre el hombre que se enfrenta ante sus fantasmas, ante la violencia social y ante la soledad del universo. Sus personajes son seres con capacidad de trascender la anécdota y de ocupar un puesto en la identidad del continente.

JOSE MARIA MELO

Ediciones Pijao acaba de inscribir en su serie de autores tolimenses una de sus obras más representativas: "José María Melo" de Darío Ortiz V, escritor y ensayista de destacadas pulsaciones críticas y visionario e historiador de amplio espectro revolucionario. Recurriendo a la biografía del general Melo, personaje ambiguo y controvertido, guerrero con aura de aventurero y Odiseo de las ideas bolivarianas, Darío Ortiz V, desenmascara la gran comedia épica de los señores feudales y caudillos del siglo XIX, los remolinos de la patria boba aún vigente y los acontecimientos sociales, políticos y culturales a lo largo de cien años de guerras civiles. Na-

da está al margen de la pluma del investigador, ni las secretas alianzas entre los partidos tradicionales ni su abanico de mutuas conspiraciones para hacerse al poder. La parábola de José María Melo imbrica simetrías de orden Borgeano: el hombre eternamente estoico y eternamente derrotado en situaciones trascendentales: la dictadura de Urdaneta y su errancia, su dictadura y su destierro y su lucha en México y Venezuela y su derrota final. Su existencia está llena de estigmas: se le indica de la muerte del cabo Quirós, se le indica de confabulador y audaz en su golpe de estado que depone a Obando, se le declara amigo no grato de Venezuela y Guatemala, sus parientes le declaran la guerra, la sombra del mercenario y del guerrero "Util" lo ronda. Darío Ortiz no lo redime totalmente ni lo sitúa en un lugar deificante. Sencillamente lo sitúa ante el lector en todas sus contradicciones, derrotas y grandezas. Bolívar, Napoleón, Aníbal, todos los grandes héroes han sido instalados en una leyenda sin sexo ni pasión. Hoy en día los historiadores muestran el otro rostro del hombre y entre ellos se ubica Darío Ortiz V. Del joven estudiante de San Bonifacio de Ibagué, seguimos al teniente del escuadrón fantasma, al osado enemigo de Pablo Morillo, al José María de las sociedades democráticas y al defensor de los intereses populares, de la economía y los derechos nacionales, al Melo dictador incruento y acérrimo rival de la oligarquía criolla y civilista, al conciliador del pueblo y el ejército del pueblo. Todo esto es el plenum que constituye el rostro de José María Melo, al rebelde eclipsado por el momento histórico y por sus fisuras culturales e ideológicas. No se le puede en ningún momento exonerar del sonambulismo político puesto que este le impidió realizarse al igual que su pueblo en una verdadera democracia popular, independiente y real. Sin embargo lo que importa en José María Melo es su vocación por la libertad, por el sueño de la gran Colombia, por los puntos que desplegó para favorecer a las clases no privilegiadas. Su lucha es uno de los grandes hitos que confluye con su derrota. A mayor grandeza mayor es la caída: Según las condiciones históricas, Melo murió como vivió siempre: con la mano sobre el corazón y la frente alta. Su figura no se había destacado antes y permanecía en la oscuridad de un anónimo golpista: Darío Ortiz lo redescubre desde una aura intensamente *humana, contradictoria y social*. A diferencia de los demás caudillos que sólo buscaban el paraíso terrenal del poder utilizando la sangre y la fuerza creadora del pueblo Colombiano, José María Melo siempre vivió al margen del dorado en un completo estoicismo y en una completa fidelidad a sí mismo. Esa es su diferencia y su pasaje hacia la memoria de la Colombia del porvenir.